Contra el amor...

Bofetones

619:9

CONTRA EL AMOR...

BOFETONES.

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

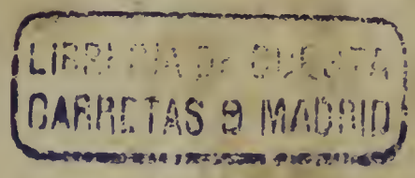
DON EDUARDO HERRERA

Y

DON EMILIO CAPPA.

Ju.º Aurelio

ESTRENADO CON EXTRAORDINARIO APLAUSO EN EL TEATRO DE NOVEDADES DE ESTA CAPITAL EL 29 DE SETIEMBRE DE 1869.



MADRID:
IMPRENTA Á CARGO DE TOMAS ALONSO,
Isabel la Católica, 21, bajo.
1870.

AL PRIMER ACTOR DEL GÉNERO CÓMICO

DEL TEATRO DE NOVEDADES,

D. ENRIQUE MARTINEZ ROBLES.

Faltaríamos á un deber de gratitud si al frente de esta obra no consignásemos que al reconocido mérito de V., á su talento artístico, debe este juguete la gran aceptacion que ha tenido. El tipo que V. desarrolla merece nuestra más completa aprobacion, y merced á eso, la pieza, que en sí no vale nada, ha gustado y ha sido aplaudida en las cuarenta noches que se ha representado.

Admita V., pues, esta dedicatoria tan solo como prueba del aprecio y simpatía que le profesan

LOS AUTORES.

REPARTIMIENTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
AMALIA	Doña Juana Rubio.
D. LIBORIO	D. Segismundo Cervi.
BARTOLOME	D. Enrique Martinez.
ARTURO	D. José Ferreiro.

La escena en Madrid, año 1869.

Esta pieza es propiedad de sus autores, quienes perseguirán ante la ley á quien la represente ó reimprima sin su espreso conocimiento, con arreglo á lo dispuesto en la ley orgánica de teatros.

ACTO ÚNICO.

Sala elegante.—Puerta al fondo.—Puertas en primer término izquierda y derecha; ventana en segundo derecha y puerta secreta en segundo izquierda.—Colgaduras, consólas, espejos, sillones, mesa con recado de escribir.—Floreros y jarrones sobre las consólas.

ESCENA PRIMERA.

DON LIBORIO Y BARTOLOMÉ. (*El primero sentado.*)

LIBORIO. Ya te he dicho, y no sé cómo
he de hacerte comprenderlo,
que pongas mucho cuidado
tocante al servicio interno.

BARTOLOMÉ. Siñor, ya pongu cuidadu,
peru despues nun m'acuerdo;
y además, que pocu á pocu
se va unu destruyendo.
«Ningunu nace enseñadu,
decia el cura en mi conceju,
y es precisu que lus bueyes
labren despacio el terrenu;
no hay que castigarlos, no,
porque son iguales nuestros.»

Ya ve usted si conocia
el cúra á sus cumpañeros.
Usted me dice unas cosas
que yo enjamás las entiendu.
Ahora mismu una me diju
que dejóme patitiesu.
Yo nun se que quié dicir
esu del *serviciu eternu.*
Así que debe esplicármelu
para ver si lu deprendu.

LIBORIO. Eres torpe si los hay,
te pasas de majadero.

BARTOLOMÉ. Non, manjaderu nun soy;
soy solamente gallego.

LIBORIO. Las dos cosas son sinónimas
é iguales en mi concepto.

BARTOLOMÉ. ¿Simónibas pudrán ser,
mas nun me conformu en ello.

LIBORIO. Déjate de tonterías
y préstame oido atento.
El servicio interno es
el cuidar de los efectos,
el hacer bien los recados,
tenerlo todo dispuesto
y no cometer torpezas
como tú á diestro y siniestro.
¿Quién te mandó el otro dia
para freir unos huevos,
echar aceite petróleo
que si los como, reviento?

BARTOLOMÉ. Yu, comu todu es aceite,
y es más baratu, pur eso...

LIBORIO. Pues no seas tan económico
que lo que sobra es dinero.

BARTOLOMÉ. Nun seré más micueconómu.

LIBORIO. ¿Y el dia aquel del correo,
que comprastes las dos libras

de chocolate del bueno,
y en lugar de echar las cartas
que te dí con grande empeño,
echaste por el buzon
el chocolate, mastuerzo,
y te trajistes las cartas
otra vez muy satisfecho?

BARTOLOMÉ. Comu hacia pocu que puse
á aquellas cartas lus sellus,
y aun llevaba en la otra mano
el chuculate, tirélo
sin reparar lu que echaba
pur la boca del curredo,
distraido con mirar
aquel mascaron tan fiero
por donde se echan las cartas,
y ya nun tuve remedio,
el chuculate culóse
y yo quedé casi lelo
al notar que equivoquéme.
Más no es muy extraño esto,
purque lus dos envoltorius
parecíanse en extremo.

LIBORIO. ¿Tú crees que calquiera amo
te aguantara tanto tiempo
como te vengo aguantando,
siendo cada vez más necio?

BARTOLOMÉ. Comu soy aún chiquitin
cun el tiempu aprenderélo.

LIBORIO. ¿Chiquitin con veinte años?
Para jóven eres viejo.

BARTOLOMÉ Peru para vieju, jóven.

LIBORIO. Anda, ve por allá dentro
y dile á la señorita
que venga, que aquí la espero.
(*Vase Bartolomé, foro izquierda.*)

ESCENA II.

DON LIBORIO.

Pues señor, me hallo asustado
con la noticia é inquieto.
Mi hermano al mandarme su hijo
me envia un inmenso peso,
una carga que me abruma
y que me inspira recelo.
Leamos otra vez su carta
á ver si doy con un medio
para que no ponga aquí
los piés el presunto médico.
(*Lee una carta que saca del bolsillo.*)
«Loja diez y seis de Agosto.
Querido Liborio: Siento
molestarte; pero lo hago
contando con que halagüeño
recibirás á mi hijo
en tu casa. Su deseo,
al par que ver á Madrid,
es con aprovechamiento
concluir ahí su carrera.
Hoy ha salido del pueblo,
mañana estará en Granada
y el tren tomará ligero
para llegar á Madrid.
Matricúlalc, y con celo
observa de tu sobrino
en esa el comportamiento.
Adios, sabes que te quiere
tu hermano mayor,—Eugenio.»
(*Guarda la carta y queda suspenso un rato.*)
¿Y cómo me niego yo
y en mi casa no le hospedo

sin exponerme á que diga
mi hermano que soy grosero
y que á un sobrino carnal
en mi morada no acepto?
Pero si viene y se entera
de que Amalia en el misterio
tan solamente he guardado
para realizar mi sueño?... (*Se levanta.*)
Es menester activar
la boda que me he propuesto.
Vamos á explorar á ella
y á inquirir su pensamiento,
aunque no habrá oposicion
por su parte me prometo.
Diez y ocho años cuenta ya
y es de belleza un modelo;
él raya en los veintiuno
y yo voy ya para viejo...
Si viene y se ven... ¡adios!
¡Ay Eugenio, Eugenio, Eugenio!
Con mandarme aquí á tu hijo
¡qué mala obra me has hecho!

ESCENA III.

DON LIBORIO, AMALIA (*primera puerta izquierda.*)

AMALIA. ¿Llamaba usted, don Liborio?
LIBORIO. ¡Sí, hija mia! (¡Qué portento!)
Te llamaba... no; te llamo...
para... por... (¡Pues no la encuentro
hoy más hermosa que nunca!)
AMALIA. Pues hable usted.
LIBORIO. Toma asiento,
porque lo que he de decirte
es asunto muy extenso

ó bien muy breve, segun. (*Se sientan.*)
(*Pausa.*)

AMALIA. Hable usted, que me impaciento.

LIBORIO. ¡Ola! ¿Conque te impacientas
por escucharme? ¡Me alegro!
Vaya, atiéndeme con calma
que es un asunto muy sério.—
Tú sabes, Amalia hermosa,
que á la muerte de tu tierno
padre, que fué amigo mio,
y consocio y compañero,
te quedaste abandonada
en este mundo de cieno.
Yo prometí que feliz
te haria con sumo exceso
y quedé por tutor tuyo
cuidándote con esmero.
Siempre á mi lado has estado,
á mi lado siempre, excepto
en el pasado verano
que acaeció el fatal suceso
de la muerte de mi hermana
y á Loja, te envié, queriendo
que fueses, más que á cuidarla,
con el muy laudable objeto
de que variases de clima
y gozases de recreo.
Tres meses allí estuviste...

AMALIA. (¡Demasiado lo recuerdo!) (*Aparte.*)

LIBORIO. Y al fin volviste á Madrid
á vivir con este viejo.
Digo, viejo no, porque
aún los cincuenta no tengo.
Estoy efectivamente
de la vida en el comedio.
Así es que hoy quiero decirte,
revelarte un gran secreto

que nunca te he declarado,
aunque es en mí muy añejo.
(*Pausa.*)

AMALIA. Ya puede usted ir hablando
pues le escucho con silencio.

LIBORIO. He pensado con cordura
dejar el estado honesto
y quiero saber si tú
apruebas ó no el proyecto.

AMALIA. ¿Yo, don Liborio?... Si usted
quiere salir de soltero...

LIBORIO. ¿Cómo si quiero, hija mia?
Noche y dia lo deseo.
Me está haciendo mucha falta.

AMALIA. Entonces .. debe usté hacerlo.

LIBORIO. Yo he buscado una mujer...
y la he encontrado te advierto.
Es bella, además es jóven,
elegante y con talento.
Es, en fin... es... (¡caspitina
que ante su mirada tiemblo!)
Esa mujer es... (¡Caramba,
que á un novicio me parezco!)

AMALIA. ¡Vamos! Sepamos quién es.

LIBORIO. ¡Pues... eres tú!

AMALIA. ¿Yo? (*Sorprendida.*)

LIBORIO. Tú.

AMALIA. (¡Cielos!)

LIBORIO. ¡Sí, tú! ¿Qué tiene de extraño?
(¡Por fin he arribado al puerto!)
Tú, mi Amalia, á quien adoro
hace muchísimo tiempo.
Tú, á quien pienso hacer mi esposa
si es que das tu asentimiento. (*Pausa.*)
¿Qué me respondes? ¿Qué dices?

AMALIA. ¡Yo! Que no sabré si puedo
amoldarme á otro cariño

habiéndole á usted afecto
filial hasta hoy profesado.

LIBORIO. Si ese es el óbice, espero
que acostumbrándote irás.
De mi cuenta corre el éxito.
La paternidad dejando
vendrá el conyugal aprecio.
Conque vaya, yo me voy (*Se levantan.*)
á ver al notario, y vuelvo.

AMALIA. ¡Cómo! ¿Tan pronto?

LIBORIO. Sí, niña.
Eso siempre se hace al vuelo.
(*Va á coger el sombrero y baston que están en una silla cerca del foro.*)
Hoy dia los matrimonios
van por telégrafo eléctrico.
(Me importa andar muy de prisa
no se encaje el embeleco
de mi sobrino y me fustre
este sublime proyecto.)

AMALIA. (¡Oh Dios! ¿Y cómo decirle
que no está libre mi pecho,
y que guardo una ilusion
que puede dejar de serlo?) (*Aparte.*)

LIBORIO. Te has quedado pensativa.

AMALIA. ¡La sorpresa!

LIBORIO. Sí, en efecto.
Ha sido un escopetazo.

AMALIA. (Se lo contaré; no quiero
engañar su buena fé.)
Le espero á usted.

LIBORIO. Pronto vuelvo.

AMALIA. Entretanto me retiro.
¡Adios! (*Vase, primera izquierda.*)

LIBORIO. (*Viéndola irse embobado.*)
(¡Qué hermosa!) ¡Hasta luego!

ESCENA IV.

DON LIBORIO.

¡Es una perla! ¡Una joya!
¡Viviré feliz, contento!
Mas apresurémonos
que el tiempo va trascurriendo,
y si llega mi sobrino
estando casado, puedo
decirle con gran justicia:
«Esta es tu tia, y anhelo
la respetes como á mí,
que de no»...

ESCENA V.

DICHO Y BARTOLOMÉ (*foro derecha.*)

BARTOLOMÉ. ¡Siñor!
LIBORIO. ¿Qué es eso?
BARTOLOMÉ. Aquí en la puerta pregunta
por usted un cabrayero.
LIBORIO. ¿Quién es?
BARTOLOMÉ. Non diju su nombre.
Trae dus mozus con dus cestos
con sus gorras galunadas
y unus númarus enmedio.
LIBORIO. (¡Ay Dios mio! ¡Qué sospecha!
¡Es mi sobrino, de cierto!
Señor, ¿qué hacen en España
estos caminos de hierro?
¿Cómo no ha descarrilado
ese tren cual otros ciento?)
Mira, Bartolo, le dices
que en casa nunca estar suelo.

Que he salido. (Voy de prisa
á activar mi casamiento.) (*Se dirige al foro.*)

BARTOLOMÉ. Peru siñor, si está ahí. (*Señalando al foro.*)

LIBORIO. Por esta puerta me meto (*la secreta.*)
y salgo por el jardin. (*Va á salir y se vuelve.*)
Sigue sus pasos atento,
no te apartes de su lado,
observa sus movimientos;
no le hables una palabra
de la niña. Ea, hasta luego.

BARTOLOMÉ. Mas si por usté pregunta...

LIBORIO. Que he salido.
(*Vase precipitadamente por la puerta secreta.*)

ESCENA VI.

BARTOLOMÉ.

¡Siñor! ¡Pero!...
¡Pues quedamus enteradus!
(*Remedándole.*) «Sigue sus pasus atento,
no te apartes de su ladu,
observa sus movimientos.»...
Estu nun sé qué será,
mas no es del serviciu eterno.
¡Luegu dice que soy torpe
y que soy un manjadero!
Pur fuerza, nun me da claru
su intencion ú mandamiento.
¿Qué le respondu á ese hombre?
(*Por el de fuera.*)
Nun se me ocurre un cunceuto.
Es claru; cun lus amores
que han atrancadu mi seso
nu es nada fácil que yo
me encuentre nunca en mi centro.—
Es el amor un bichillu

que nus araña en el pecho
y que al que nunca sintiólu
lo cunvierte en un burrego.
Yo andu triste y piensativu
dende el dia de añu nuevo,
cuandu ví á la siñurita
que las faldas la pusieron.
Yo suspiru cun trabaju
cuandu frente á mí la veo,
nu hagu nada cun aplomu
y por las noches... nun duermo.
Mas cuandu voyla á decir
mi atrevidu pensamiento
parece que en la garganta
tengu atravesadu un hueso.
Ella me mira muy bien
y me habla cun finu acento.
Yo voy á atreverme á
pedirla... lu que quiero.
Se lu escribu en una carta
y un memo-rialista luego
me la copia pur dos riales.
No hay más. La obra empezemos.
(*Se dirije á la mesa, se sienta y coge pluma y papel.*)
Aquí hay tinteru y papel.
¿Cómu empezaré el comienzo? (*Reflexionando.*)
«Gachona de mis hijares»...
Non, non, que estu es muy feo.
«Mi querida siñurita»...
Non, tampocu, nu es aquesto.
«Rapaciña de mis ojus»...
¡Ya va la cosa saliendo!
«Rapaciña de mis ojus (*Escribiendo.*)
que eres ama de un...

ESCENA VII.

DICHO Y ARTURO, (*de viaje, foro derecha.*)

ARTURO. ¡Zopenco!
¿Por qué no pasas recado
de que hay un caballero
que desea ver á tu amo?
Vamos, ¿dónde está tu dueño?
BARTOLOMÉ. Está salidu, siñor. (*Levantándose.*)
ARTURO. ¿Cómo salido, mostrenco?
BARTOLOMÉ. Va en la calle, si siñor.
ARTURO. ¡Ah! que ha salido. Comprendo.
Pues entonces, mientras vuelve
guíame á un aposento
donde á la vez que descanse
tome un parco refrigerio,
por tomar algo tan solo
y fumar un buen veguero.
BARTOLOMÉ. (¡Muchu habla de tumar
y estu me va mal uliendo!
¿Será algun ladron de oficiu?
¡Pardiobre, que tengu miedo!)
ARTURO. ¿Qué haces ahí embobado?
BARTOLOMÉ. Comu non conozcu, temo...
ARTURO. ¡Imbécil! Pues vive aquí
don Liborio Paz Guerrero,
sabe que soy su sobrino
y á verle tan solo vengo.
BARTOLOMÉ. ¡Ah! ¿Es usté subrinaju
de don Liboriu? ¡Á saberlo!...
Ya es harina de otru saco.
Él nu está, peru allá drento
se encuentra la siñurita.
(Siendu subrinu nun peco
hablandu de ella; de fiju

se alegrará el amu luego.)

ARTURO. ¿Hay aquí una señorita? (*Rápidamente.*)
Pues tráemela en el momento.

BARTOLOMÉ. Traérsela, non; pocu á pocu.
Para esu estoy yo primero;
que la amu cun gran cariñu,
aunque ella nu sabe el fuego
que me cunsume y me abrasa
cun tanta fuerza...

ARTURO. ¡Cermeño!

BARTOLOMÉ. Nun ponga motes, siñor,
que nombre cristianu tengo.
Me llamu, para servirle,
Bartolumé del Cencerro.

ARTURO. Pues condúceme, Bartolo.

BARTOLOMÉ. (*Enojado.*) Mé, siñor; que nu es lo mesmo
Bartolumé que Bartolo.

ARTURO. Bien, hombre, bien; ya me entero.
Pero dime; de mi tio,
¿qué es esa hembra?

BARTOLOMÉ. ¡Oh! Esto
es lu que yo, siñuritu,
explicárselu nun puedo.
Es una cosa que non
le toca en el parentesco;
peru que es de la familia,
sobre legua más ú ménos.

ARTURO. ¿Y es guapa y jóven?

BARTOLOMÉ. (*Estúpidamente.*) ¡Jé, jé!
¿Que si es guapa? ¡Ya lu creo!
Y tan jóven, que hace pocu
que de largu la vistieron.

ARTURO. ¿Su criada será?

BARTOLOMÉ. ¡Cá! Non!

ARTURO. ¿Es su ama de gobierno?

BARTOLOMÉ. Nu hay gobiernu en esta casa.

ARTURO. ¿Es su doncella?

BARTOLOME. ¡Cá! ¡Niegu!
Es decir; yo nun sé nada...
En unduras nun me meto.
Ella es rica, y él la lleva
las cuentas hace ya tiempo.
Él se interesa pur ella;
la compra vestidus nuevos
y dice que la reserva...
un hueco en su testamiento.
Que por sus buenus cuidadus
su caudal ha idu creciendo,
y que su padre y mi amo
en suciedades vivieron.
La llama un nombre que todus
aquí en el oju tenemos.
ARTURO. Ah! Ya! Será su pupila.
BARTOLOMÉ. ¡Ajajá! Es esu mesmo.
ARTURO. ¿Y dices que tú la quieres?
BARTOLOMÉ. Lamu, lastimu y la precio
como el menistru á la silla,
comu el fraile á su cunvento,
comu al sueldu el empleadu
y comu el perru á lus huesos.
ARTURO. ¿Pero ella no lo sabe?
BARTOLOMÉ. Nun siñor; yo nun matrevo
á declarar mi querer,
porque comu non sé hacerlo...
y luegu comu ella es ama
y yo criadu, nun debo...
ARTURO. ¡Qué tontería! Si guardas
todos esos miramientos
nunca llegarás á ser
cosa alguna de provecho.
El siglo décimo nono
es el del atrevimiento;
si no bien recientes tienes
en España hartos ejemplos,

pues que hay mozos de cuerda
que han llegado á ser banqueros;
nulidades ocupando
los escaños del Congreso;
soldados que á generales
llegaron en plazo presto
sin haber, ni áun una vez,
visitado un campamento;
gacetilleros ramplones
que diplomáticos fueron;
gente de iglesia, baldon
de su santo ministerio;
duques, condes y marqueses
que compraron su abolengo;
varones que solamente
por su real cara y real cuerpo
hasta en las regias regiones
regiamente nos rigieron;
y todos por lo comun
aunque alguno esceptuemos,
hasta la cumbre llegaron
no mas que atrevidos siendo.
Con que lánzate á la brecha;
yo te daré mis consejos.

BARTOLOMÉ. ¡Ay, siñor! Si usté mayuda...

ARTURO. Pues eso te estoy diciendo.
(Voy á divertirme un poco
á costa de este gallego.
Bueno es que haya en la casa
algun entretenimiento.)
Yo te escribiré una carta
de amor, tú la entregas...

BARTOLOMÉ. (*Con alegría.*) ¡Bueno!

ARTURO. Pues guia hácia allá, Bartolo.

BARTOLOMÉ. Mé, siñor. ¡Es fuerte empeño!

ARTURO. Bueno; te concedo el *mé*
y háciami cuarto marchemos;

(que yo buscaré despues
de esa niña el aposento.)

ESCENA VIII.

AMALIA, *que sale por la primer puerta izquierda y pasea la vista por la escena.*

Ruido de voces sentí,
y á ver quién ha motivado
este rumor desusado
con curiosidad salí.
¡Nadie!—Por más que lo pienso
no sé cómo le diré
á mi tutor, que no fué
mi cariño tan intenso
que pueda variar ahora
de paterno en conyugal.
¡Va á ser un golpe mortal!
Pero mi alma aún adora
aquel jóven tan galante
que allá en Loja me queria,
y que siempre me decia
que me amaria constante.
En mi pecho vive él;
de mi mente no se aparta.
Mas no escribir ni una carta...
¿Me habrá sido acaso infiel?
No puedo creerlo, no;
era su acento tan puro...
Aún me ama, de seguro,
tanto como le amo yo.
Mas sin saber de su vida
en tan larga temporada,
creo que estoy dispensada...
Sí; me encuentro decidida.

Voy á... ¡Cielos, qué alegría!
(*Va hácia el foro y se detiene en la puerta mirando dentro.*)
¿Estoy soñando ó despierta?
No, no; que es cosa muy cierta.
¡La misma fisonomía!
Voy á preguntarle ahora...
¡Gracias á Dios que le encuentro!
Mas ¿cómo se halla aquí dentro?
yo lo sabré...

ESCENA IX.

AMALIA, BARTOLOMÉ *con carta en la mano que oculta hasta que se la entrega á* AMALIA.

BARTOLOMÉ. Mea siñora.
AMALIA. ¿Qué es eso, Bartolomé?
(*Bartolomé va á hablar y se le atascan las palabras.—Echa una carcajada.*
(¡Este pobre chico es tonto!)
BARTOLOMÉ. (¡Ea! ¡Á ver si salgo pronto
de este atranco!) Tome usté.
AMALIA. ¡Una carta! ¿De quién es?
(*Campanillazos dentro.*)
Llaman. Mi tutor será. (*Váse puerta izquierda.*)
BARTOLOMÉ. Suspechu que lu sabrá
si la lee cun interés.

ESCENA X.

BARTOLOMÉ, *despues* DON LIBORIO *muy alegre*, (*foro derecha.*)

BARTOLOMÉ. En cuantu leya mi nombre
que ha puestu ese siñuritu
en garabatus escritu,
de seguru ya soy hombre.

¡Y qué bien puesta que va!
Sacóla de su mullera.
Allí dice que me quiera...
(*Aparece D. Liborio.*)
¡Ola! El amu aquí está ya.

LIBORIO. Pues señor, ¡buena fortuna!
Muy pronto, quizás mañana,
se me cumplirá la gana
de hacer de dos almas una.
En breve paso los arcos
del templo de los casados,
y formo con los soldados
del muy glorioso San Marcos.

BARTOLOMÉ. ¡Ah siñor! ¿Sabe quién era
el cabrayeru que vinu?
Pues es su siñor subrinu.

LIBORIO. (¡Ojalá no lo supiera!)
Pero ¿cuéntame qué ha hecho?
¿Tú no te habrás separado
un momento de su lado?

BARTOLOMÉ. Yu, siñor, lu que suspecho
es que se halla mu contentu.
Por usté me preguntó,
luegu despues se marchó
á avíarse á su aposentu,
y allí estará entretenidu.

LIBORIO. ¿Habló de la señorita?

BARTOLOMÉ. Preguntó si era bonita...
(*Mirando al cuarto de Amalia.*)
¡Uy, qué veo! Se ha venidu
á su cuartu. ¡Están hablando!

LIBORIO. ¿Los dos solos? ¡Asesinos!
Bien dicen: cria sobrinos,
que disgustos te irán dando.
¡Ay, yo me ahogo, Bartolo!
Agua, que yo me desmayo.
Que no te partiera un rayo.

¿Por qué le has dejado solo?
¿No sabes, imbécil, di,
que debias expiarle,
y ni un momento dejarle
mientras yo no estaba aquí?
Siento en las piernas un peso...
No puedo ni un paso dar. (*Cae en un sillon.*)
Hombre, pónte ahí á escuchar
mientras me pasa este acceso.
Acéchalos cuidadoso
(*Bartolomé va de un lado á otro sin saber á donde acudir.*)
y entra inmediatamente,
si observas un imprudente
movimiento sospechoso.

BARTOLOMÉ. ¿Un qué? (*Sin entenderlo.*)

LIBORIO. ¡Agua! ¡Me sofoco!

BARTOLOMÉ. Ya voy por ella.
(*Va hácia el foro y coge un jarron de una consóla.*)

LIBORIO. ¡Oh, furor!

BARTOLOMÉ. Aquí hay un jarru. Mejor.
Así toda se la emboco.
(*Se la echa á D. Liborio por la cabeza que permanece desmayado.*)
Ahora á cumplir mi deber.
Arrimo aquí las narices (*Puerta izquierda.*)
y expío á esus infelices
sin que ellus me puedan ver.
¡Pardiobre, y qué atortulados!
¡Calla, él la abraza guzosu!
¿Será estu sospechosu?

LIBORIO. (*Volviendo en sí.*)
¡Ay! ¿qué hacen esos malvados?

BARTOLOMÉ. ¡Demoniu, yo voy á entrar
que está muy grave la cosa!
(*Vase por la primera izquierda.*)

LIBORIO. ¡Ay, Dios mio, qué espinosa
situacion es la de estar
enamorado á mi edad!
(*Suenan dentro dos bofetadas.*)
¡Oh, qué ruido!

BARTOLOMÉ. (*Saliendo asustado.*) ¡Ay siñor!

LIBORIO. (*Inquieto.*) ¿Qué has visto, dí, por favor?

BARTOLOMÉ. ¿El qué? ¡Una grande maldad!
Entré purque la abrazó
lu primeru...

LIBORIO. ¡Hado tirano!

BARTOLOMÉ. Luegu la cogió una mano.

LIBORIO. ¡Canastos! ¿Y la besó?

BARTOLOMÉ. Si esu fuera...

LIBORIO. ¡Estoy mortal!

BARTOLOMÉ. Verá usted lu que pasó:
así que entré y él me vió,
vino hácia mí por mi mal
y en irritadu tunillu
ambas manus levantandu...
(*Mira hácia la puerta izquierda y ve á Arturo.*)
Luegu se lu iré cuntandu
que él viene... Yo me las guillu.
(*Vase precipitadamente por el foro izquierda.*)

ESCENA XI.

DON LIBORIO Y ARTURO *por la izquierda, puerta primera.*

ARTURO. ¡Oh! ¡Queridísimo tio! (*Abrazándole.*)

LIBORIO. ¡Adios, sobrino adorado!
¡Con cuánto gozo te veo
y te estrecho entre mis brazos!
(Si en ellos pudiera ahogarte
lo haria con sumo agrado!)

ARTURO. ¿Mas qué es esto, tio? Parece
(*Reparando en la levita de D. Liborio que está mojada.*)

que ha salido usted de un baño.

LIBORIO. Es que al venir tropecé
con un aguador muy bárbaro,
que dejó caer de su cuba
el agua y me ha remojado.
¿Conque tan famoso, eh?

ARTURO. Tio, no me parte un rayo.

LIBORIO. (¡Lástima!)

ARTURO. ¿Y usted tan bueno?

LIBORIO. Así, así; vamos tirando.
¿Conque vienes á estudiar?
¡Vendrás hecho todo un sábio!

ARTURO. Usted mismo juzgará
al escuchar mi relato.
(*Don Liborio le hace señas de sentarse y ambos lo hacen.*)
La vida del pueblo, tio,
la sabe usted por su hermano.
Mas cuando estaba en Granada
me levantaba temprano:
á la una.

LIBORIO. ¿De la noche?

ARTURO. No; de la tarde.

LIBORIO. ¡Ya! (¡Bravo!)

ARTURO. Almorzaba y me iba á dar
un paseito á caballo
yéndome luego al casino
reunido con otros varios.

LIBORIO. ¿Y de tus mismas costumbres?

ARTURO. Exactamente; allí un rato
me entretenia, ó á veces
toda la tarde tallando.

LIBORIO. ¿Qué? ¿Has aprendido á tallista?

ARTURO. No, tio; de naipes hablo.

LIBORIO. ¡Ah! ¡Ya caigo! (¡Jugador!
Buen vicio para un muchacho.)

ARTURO. Despues de salir de allí

nos íbamos á un colmado
á alegrar nuestros cerebros
con frecuentísimos tragos.

LIBORIO. ¡Eso es bueno! (¡Bebedor!
¡Se pinta con grandes rasgos!)

ARTURO. Y despues me encaminaba
con torpe y pesado paso
á la morada de alguna,
que me creia enamorado
de sus gracias juveniles
y de sus tiernos encantos.
Pero yo que soy un perro
que tiene muy buen olfato
me burlaba de su amor.

LIBORIO. (¿Qué tal? ¡El chico es un pasmo!)

ARTURO. Luego al teatro ya tarde,
pues como estaba abonado
allí con las bailarinas
pasaba muy buenos ratos,
concluyendo la jornada
con disputa ó garrotazos.

LIBORIO. (¿Vamos! ¡Tambien quimerista!
¡Es una alhaja el muchacho!)
¡Muy bien! ¿Y en todo ese tiempo
los libros abandonados?

ARTURO. ¡Ay tio! ¿Usted no sabe
que ahora pocos estudiamos?
La libertad de enseñanza
del estudiante ha hecho un vago.
De todos modos aprueban
Regalando al catedrático...
Yo no he concurrido á clase
diez veces en todo el año.

LIBORIO. ¿Y á pesar de todo eso
tienes el curso ganado?

ARTURO. Sí, señor. En la maleta
traigo los certificados.

LIBORIO. Así luego hay tantos médicos
que mas bien son mata-sanos,
y mandan á sus enfermos
á curarse al campo-santo!

ARTURO. Pero tio, de repente
en otro me he trasformado.
Pienso ser hombre de bien
y guiado por su mano
estudiar con fé vehemente
para llegar á ser algo,
porque yo tengo talento
segun me lo han dicho varios.

LIBORIO. ¡Eso ya te se conoce!
Al fin hijo de mi hermano.
Pero, hombre, por más que hagas
aquí en la córte es en vano
que busques donde lucirte,
pues se halla todo muy malo.

ARTURO. Tengo esperanzas de hallar (*Con fatuidad.*)
de otra ciencia los arcanos.
La política me han dicho
tiene portillos muy anchos.

LIBORIO. Sí, mas los cierran despues
los que por ellos pasaron.
¿Y tú qué opinion profesas?

ARTURO. Tio, yo soy republicano.

LIBORIO. Pues mira, vuélvete al pueblo (*Levantándose de repente.*)
que bastante hemos hablado.
Porque, acá para *internos*,
el que hoy quiera ser algo
tiene que seguir la pista
á los principios monárquicos.
La revolucion se ha hecho
mas bien para nuestro atraso,
y aquello que se gritó
de «¡esa monarquía abajo!»

no fué más que una pantalla
para quitar unos cuantos
que los destinos tenian
fuertemente atrincherados.
Pero los que mandan hoy,
en lugar de renunciarlos,
han asaltado con hambre
los destinos del Estado.
¡Nos ha caido una plaga
tan atroz en este año,
que se encuentra el pobre pueblo
en un estado precario!
No hay dinero para nada;
todos están sin trabajo;
muchos de hambre se mueren,
y el mal se va prolongando.
El gobierno no hace nada
en pró del necesitado,
y hay en el poder algunos
que fueron republicanos,
pero que con gran talento
se han convertido en monárquicos;
y beben y se emborrachan
y se embolsan sendos cuartos.
Yo sé de algunos de ellos
que se han hecho propietarios
y que van á su negocio
cual hizo Gonzalez Brabo.
Lo único bueno que hay
es el asilo del Pardo,
y para eso son inútiles
los que allí están empleados.
Hay además un Regente
que hace poco se ha nombrado
y una cosa que se llama
Constitucion por sarcasmo.
¡Tenemos autoridades

de mucho saber y tacto!
Ya ves, algunos son cómicos,
con que ves atando cabos.
El baston por todas partes
siempre le van enseñando.—
Cada domingo tenemos
ejercicios, simulacros,
manifestaciones públicas,
y motines infundados.
La guerra civil asoma,
la Habana se ha sublevado,
los carlistas á campaña
á sus huestes arrojaron;
el isabelino está
una ocasion acechando,
y todos ellos esperan
á ver quién conduce el gato
al agua, para llevarse
de la pátria hasta el redaño.
¡Y entre tanto ese partido
que sus filas va aumentando,
tiene que ver la funcion
de los demás apartado,
porque ni una migaja
le regalan del sarao!
Mucho esperan sus adeptos,
pero el tiempo va pasando,
y poco á poco creciendo
el pastel que está amasado,
hasta que al fin, como siempre,
tire de la manta el diablo.

ARTURO. Se me figura que usted
no ve en política claro,
y ha de ser pronto poder
el partido que yo aclamo.

LIBORIO. ¡Ojalá, amado sobrino,
no vea un nuevo desengaño!

Pero tengo en mi ventaja
que he visto mucho á mis años,
y que los hombres políticos
son, como todos, de barro.

ESCENA XII.

DICHOS Y BARTOLOMÉ.

BARTOLOMÉ. Siñor, ahí fuera le busca
unu cun papeles, viejo,
que diz que hace pocu estuvu
á buscarle en lus Cunsejos.

LIBORIO. ¡Ah! sí: ya sé. (El escribano.
Vendrá á arreglar mi proyecto.)
Díle que salgo en seguida.

BARTOLOMÉ. Está mú bien. Voy curriendo. (*Váse.*)

ESCENA XIII.

DON LIBORIO Y ARTURO.

LIBORIO. (¡Pues señor, es una ganga
el sobrino forastero!
Y ahora tengo que dejarle
á sus anchas y lo siento.
Y el bribon ni me pregunta
por Amalia. Me sospecho
que se han entendido ya,
porque como el hombre es fuego,
y la mujer es estopa,
se han hablado, y... Cuerno, cuerno!)

ARTURO. ¿Qué está usted pensando, tio?

LIBORIO. ¿Yo, sobrino? No recuerdo...
Digo... sí; pensar... Pensaba...
(¡En que deben darme pienso!)
Pensaba en esa visita...

ARTURO. No la haga esperar más tiempo.
LIBORIO. (¡Quiere estar solo! ¡Canastos!
Pondré á Bartolo en acecho.)
ARTURO. Ea! vaya usté á despacharla;
mientras escribo yo al pueblo.
LIBORIO. Bien, querido, voy al punto.
(¡Soy el tio más borrego
de cuantos tios ha habido
desde que hay parentesco!) (*Váse foro derecha cogiendo el sombrero y el baston.*)

ESCENA XIV.

ARTURO.

¡Pues señor, divinamente!
¿Quién habia de creerlo?
He hallado que la pupila
de mi tio es el objeto
de mis ánsias amorosas,
que cuando estuve en el pueblo
á la muerte de mi madre,
quise con amor sincero
y que despues olvidé
entre tantos desaciertos.
Pero hoy, que por mi fortuna
enamorada la encuentro,
á la vida disipada
en que sin rumbo navego,
será el unirme con ella
un acertado remedio.
Aquí viene. ¡Cuán hermosa!

ESCENA XV.

DICHO, AMALIA. (*Primera puerta izquierda, despues* BARTOLOMÉ.)

AMALIA. ¡Ah! ¿No está aquí Don Liborio?
ARTURO. No, Amalia; ha salido ahora,
mas volverá en plazo corto,
y entretanto, usted dispense
si atrevido la interrogo,
pero el amor que la tengo...
AMALIA. Perdone usted si le acoto.
¿Usted dice que me ama?
ARTURO. Aun más que eso, la adoro.
AMALIA. Y sin embargo, en un año
se ha olvidado usted de todo...
ARTURO. Amalia, adentro la he dicho
mis motivos poderosos;
mas hoy que la miro á usted
cual entonces, soy dichoso
y renace mi pasion
con más fuerza y sin estorbos.
AMALIA. ¡Ah! ¿Por qué no llegó usted
siquiera una hora mas pronto?
ARTURO. Amalia, esplíquese usted.
¿Acaso un rival?...
AMALIA. Há poco
su tio de usted me habló
de un casamiento que solo
el deber... la gratitud...
ARTURO. ¡Un casamiento forzoso!
¿Usted se ha comprometido
con alguno? ¡Oh! Ese otro
estando yo aquí presente
no llegará á ser dichoso.
AMALIA. Nunca, Arturo; yo he salido

á buscar á don Liborio
para decirle que usted
es mi amor, y que supongo
seré feliz siendo suya.

ARTURO. ¡Oh! ¡Perdon!

AMALIA. Yo le perdono.

BARTOLOMÉ. (*Que aparece en la primera puerta de la derecha y escucha entre las cortinas.*)
(¡Aquí del serviciu eternu,
que estu huele á suspechoso!)

ARTURO. Yo en cuanto vuelva mi tio
arreglaré ese negocio.

BARTOLOMÉ. (¡Ola! ¿Del nigociu tratan?
¡Pues abramus bien el ojo!)

AMALIA. Yo sólo en usted confio.
Ya sabe usted que le adoro.
(*Tendiéndole una mano que él besa.*)

ARTURO. ¡Oh! ¡Sea mil veces bendito
ese lábio delicioso!

BARTOLOMÉ. ¡Canastus! ¡Qué trupezon!
(*Por alargar la cabeza al ver besar la mano de Amalia, pierde el equilibrio, tropieza en una silla y viene á quedar entre los dos.*)

AMALIA. ¡Ay Dios mio! (*Retirándose precipitada por la puerta izquierda.*)

ARTURO. ¡Aquí Bartolo!

BARTOLOMÉ. ¡Mé, siñor! ¡Qué tema tiene!

ARTURO. ¡Otra vez! ¡Pues toma, estólido!
(*Le da un bofeton y vase por el foro, izquierda.*)

ESCENA XVI.

BARTOLOMÉ *con la mano en la mejilla; despues* DON LIBORIO.

¡Ay! Pur vida de mi abuelu
que estu va siendu enojosu!
Pur mirar lu suspechosu
cáscanme sin descunsuelu.

Estu cunmigu nu va.
Cuandu entré enantes allí
dióme dos fuertes... así,
y agora aquesta me da.
¡Vaya un modu de velar
por el amor que le he dichu!
Yu creu que ese mal bichu
la novia me va á quitar.
Besú ya á la siñorita
tres veces en mediu dia.
¡Ay, probe mejilla mia!
Si cada besu le encita
á pegarme un bufeton,
cun tres veces diariamente
cunvierte muy prontamente
mi cara en un mascaron.
Hinchóme las muelas hoy
Mas á fé que nun cunsiento
semejante tratamiento.
(*Sale don Liborio por el foro y se detiene oyendo á Bartolomé.*)
¡Yo de esta casa me voy!
que aunque el amu es un benditu
nu quieru ver este escándalo.

LIBORIO. (¿Qué es lo que dice este vándalo?
¿Habrá hecho algo el sobrinito?)
(*Deja el sombrero y baston en una silla del foro y permanece inquieto escuchando entre las cortinas.*)

BARTOLOMÉ. Todus saben que el besar
no ha sidu nunca delitu;
peru lu otru... ¡Dios benditu!...
Lu otru nun puede pasar.

LIBORIO. (¡Ay Dios mio de mi alma!) (*Agitado.*)

BARTOLOME. Lu otru, para mi custal,
lu rechaza la mural,
la cortesía, la calma.

LIBORIO. (¿Qué habrá hecho ese sobrino?) (*Inquieto.*)
BARTOLOMÉ. Y don Liborio entretanto
tan manso; parece un santo.
LIBORIO. (¡Ay Dios mio!) (*Afligido.*)
BARTOLOMÉ. Y yo, pollino,
escuchandu con lealtad.
En cuantu venga le digu
que estu nu va cunmigu,
que ufende á mi castidad.
LIBORIO. (¡Ay Jesus! ¡Yo me sofoco!) (*Ahogado.*)
BARTOLOMÉ. Lus besus... ¡Caramba! ¡Vamus!
Peru lo demás... ¿estamus?
Esu non... poquitu á poco.
LIBORIO. (¡Ay! No puedo más...) Bartolo! (*Angustiado.*)
(*Bajando precipitado al proscenio.*)
BARTOLOMÉ. ¡Ay, señor! Cuánto he sentidu
que antes non haya venidu.
Comu me encontrarun solu...
LIBORIO. Yo espero recompensarte,
pues cumpliste tu deber.
BARTOLOMÉ. Yo debíle de rumper
á lu gallegu con arte
una costilla al Arturo...
Mas comu es su pariente...
LIBORIO. Has estado muy prudente.
Mas me toca á mí; te juro...
BARTOLOMÉ. Señur... su cumportamiento...
LIBORIO. ¡Es atroz... Es horroroso!
BARTOLOMÉ. Sí señor, es... ¡pantanoso!
LIBORIO. ¡Ay Dios mio, qué tormento!
BARTOLOMÉ. Repréndale usté ofendido
su conduta... su intencion,
su manu... su... su...
LIBORIO. (*Atajándole y poniéndole la mano en la boca.*)
¡Chiton!
Basta ya; te he comprendido.

BARTOLOME. Me alegru que sea tan listu.
(*Se va hácia el foro, pero se vuelve precipitado.*)
Mas ahí viene.

LIBORIO. ¡Oh, desdichado!
(*Mirando á la primera izquierda.*)
¡Y ella por el otro lado!

BARTOLOMÉ. (¡Va á haber la de Dios es Cristu!)

LIBORIO. Ya verán esos chiquillos
si abusar de mí es razon.

BARTOLOMÉ. (Por si suelta un bufeton
taparéme lus carrillos.)

(*Se retira á un lado tapándose las mejillas con ambas manos.*)

ESCENA XVII.

DICHOS.—ARTURO, *foro izquierda* Y AMALIA, *puerta izquierda.*

ARTURO. Me alegro infinito, tio,
de encontrarle entre nosotros.

LIBORIO. Tambien yo, sobrino mio,
queria hablar con vosotros.

ARTURO. Ya sabrá usted lo que pasa
entre Amalia y entre mí.

LIBORIO. Sé solo que esta es mi casa
y que siempre honrado fuí.

ARTURO. Tio, ahorremos digresiones;
ya sé que tengo un rival
con quien tiene usté intenciones
de casarla; hace usté mal,
pues por mi nombre le juro
no se ha de llevar la prenda
que codicia, lo aseguro.

LIBORIO. Eso es; ponte la venda,
siendo yo el...

ARTURO. (*Sorprendido.*) ¡Usted!

LIBORIO. Sí.
ARTURO. Pues por Dios, diga usted algo.
AMALIA. (Algun error hay aquí.)
LIBORIO. ¡Hoy de mis casillas salgo!
¿Qué he de decir, desgraciado?
Yo vivia venturoso
y tu viaje malhadado
envenenó mi reposo.
¡Qué falta habeis cometido!
ARTURO. ¿Falta? Ninguna, señor.
AMALIA. El no haberle respondido
hace una hora á su amor.
LIBORIO. No, no es esa; es aún más grave.
AMALIA. Há un año en Loja le hablé.
LIBORIO. ¿Cómo?
ARTURO. ¿Pues qué? ¿Usted no sabe?
LIBORIO. ¿Con que allí?...
ARTURO. Alli la amé.
Llegada la vacacion
me fuí al pueblo á pasar
la calurosa estacion,
y muerta mi madre al par
allí á Amalia me encontré.
Preguntar no me ocurrió
quién era; al punto la amé;
mas como al mes se marchó,
yo no me volvi á acordar
de aquel amor para nada,
porque me fuí á estudiar
cual de costumbre á Granada.
LIBORIO. Pero no importa, no amengua
el que usted haya faltado (*A Amalia.*)
á mi confianza la mengua
que sobre mí habeis echado.
Es otra falta mayor
que aquí mismo cometiste,
ARTURO. ¿Yo, tio?

AMALIA. (*Con disgusto.*) ¡Por Dios, señor!
(*Cogiendo á Bartolomé y trayéndole en medio.*)
LIBORIO. Ven acá; ¿qué me dijiste?
BARTOLOMÉ. (¡Ay! Aquí murió un gallego!)
LIBORIO. Habla, no tengas cuidado.
ARTURO. (¿Qué habrá dicho este modrego?)
¿Qué calumnia has levantado?
BARTOLOMÉ. Eh, pocu á pocu, siñor,
que yo aquí nada levantu.
Oigu, miru en mi redor,
voy al amu y se lo cantu.
LIBORIO. Pues bien; ¡habla, condenado!
¿Antes no te lamentabas
de un hecho desenfrenado
y que anatematizabas?
BARTOLOMÉ. Y que aún me duele, es verdad.
Tengu señales prubadas.
LIBORIO. Pues habla con claridad.
BARTOLOMÉ. Que dióme tres bufetadas.
Dos allí... é una aquí.
LIBORIO. ¿Y nada más? ¡Belcebú!...
BARTOLOMÉ. ¿Y créelu pocu? ¡Ay de mí!
LIBORIO. Pues ahora pagarás tú
lo que me has hecho penar.
Voy á hundirte á garrotazos.
(*Queriendo coger el baston.*)
BARTOLOMÉ. ¡Ay siñor! Tantus purrazos
vánme hoy á derrengar.
LIBORIO. Por fiarme de ese tonto...
AMALIA. Por Dios, déjele usted ya. (*Suplicando.*)
LIBORIO. Bueno; que se vaya pronto.
ARTURO. Sí; con eso aprenderá (*Con intencion.*)
á no pensar en amores
que de su esfera no son.
AMALIA. ¡Cómo!
LIBORIO. ¿Qué es eso?
BARTOLOMÉ. (*Arrodillándose.*) ¡Siñores!

¡Ay, siñurita, perdon!
¡Usté es el que me ha empujadu! (*Á Arturo.*)
Si usté no me hubiera abiertu
lus ojus y sublevadu,
nu hubiera escritu de ciertu
aquella carta á mi ama
guiadu pur la ambicion.

LIBORIO. Así hizo en su programa
del Manzanares, la union.

ARTURO. Yo sin saber lo que hacia
quise con él divertirme.

BARTOLOMÉ. Peru luegu todu el dia
no hizu mas que sacudirme.

ARTURO. Quise darte una receta
á tu pasion desmedida.

BARTOLOMÉ. Pues le ruegu nu se meta
á recetarme en su vida.

LIBORIO. ¿Con que yo he sido engañado?

AMALIA. Señor, no se ofenda usted
si antes no lo he declarado...

LIBORIO. Me hiciste en ello merced.
Yo no podia aspirar
á que en la vida me amases,
y era locura esperar
que conmigo te casases.
Á tu padre escribiré
que te dé su bendicion,
y yo el padrino seré
pues consiento en vuestra union.

ARTURO. ¡Oh, gracias, querido tio!

AMALIA. ¡Gracias, señor don Liborio!

BARTOLOMÉ. ¿Y yo, siñor, me las lio,
ahora que va á haber jolgorio?

LIBORIO. ¡Menguado! ¡Te he de estrellar!
(*D. Liborio se dirige hácia Bartolomé, el cual se pone detrás de Amalia, cogiéndole los vestidos y ocultándose.*)

BARTOLOMÉ. Me cobiju á este sagrado.
(*Amalia adelanta las manos en ademán de súplica, y mientras este movimiento y mientras el verso siguiente, Bartolomé va á la ventana y queda montado en ella, una pierna dentro y otra fuera.*)

AMALIA. Hoy es dia de olvidar.

LIBORIO. Bájate; te han perdonado. (*Viendo á Bartolomé en la ventana.*)
Mas si quieres conseguir
quedar en esta ocasion
en mi morada á servir,
implora ahí tu perdon. (*Por el público.*)
(*Bartolomé, despues de dudar un poco, se dirige al público y dice:*)

BARTOLOMÉ. Cun la cara demudada,
pidu ahora una palmada
que alivie mis desazones;
purque es cosa muy pesada
Contra el amor... bufetones.

FIN.

7 [illegible]
[illegible]
[illegible]
[

3 0112 117459922